

CARTAS AL EDITOR

Mi primo, Alfredo Rubiano

Por azares del destino llegó a mis manos un escrito del Dr. Carlos Arturo Florido Caicedo, sobre mi primo Alfredo Rubiano Caballero. Agradezco el sentimiento con que lo escribió y el cariño que le tuvo. Quiero que estas palabras complementen un poco la faceta familiar que fue tan importante para él. Es inevitable hablar de la familia, de su historia, de los recuerdos, cuando queremos hablar de alguien cercano a nosotros. Hablar de Alfredo, mi primo, es remontarme varios años atrás.

Somos de familia Girardoteña; mis abuelos se establecieron en Girardot a finales del siglo XIX, mi abuelo Sixto Caballero y mi abuela Sara Contreras, se casaron en 1900; tuvieron 5 hijos, dos hombres: Rafael y Jaime, y tres mujeres: Sara, Julia y Leonor. Julia (1908-1995), la madre de Alfredo. Leonor (1919-2009), mi mamá. Alfredo era cariñoso y sencillo. Excelente hijo y hermano. Para él la familia era fundamental. Tenía una ‘chispa’ que no he visto en nadie más; sus cuentos divertidos, sus historias, sus relatos... ¡Todo lo decía con gracia y sabía de todo! Su memoria era privilegiada. Le gustaban la lectura, el cine, la música clásica; era festivo y alegre; le gustaba el baile ¡Y la comida, toda! Buen conversador, pero también sabía escuchar.

Cuando mis padres vivieron en Fontibón, Alfredo estudiaba interno en San Bartolomé. Pasaba con nosotros fines de semana y las vacaciones. Era 1948, el año en que yo nací. Vivió un tiempo corto con nosotros en nuestra quinta, en Fontibón; fue buen amigo de papá, compañero en sus parrandas de fin de semana, y cariñoso y atento con mi mamá.

Viví con mis primos Rubiano Caballero en mi época de Universidad (1973-1978). Fueron años maravillosos, los mejores de mi juventud. Alfredo era mi consejero, mi guía y mi amigo. Aprendí de su experiencia y su sabiduría fue enriquecedora para mí. Viví la Bogotá de los años setentas: tranquila y segura. Nuestro programa favorito era ir al cine. Generalmente íbamos al Opera que quedaba en el centro. Al regreso, caminábamos disfrutando la noche clara y estrellada. No podía faltar la

parada en el Cream de la 32 donde comíamos un salpicón con helado; luego seguíamos por toda la Caracas comentando la película hasta llegar a la calle 45 donde vivíamos.

Los fines de semana, nos reuníamos todos: mi tía Julia, Germán, Mario y Julia María. Almorzábamos juntos y disfrutábamos de una buena tertulia. Ser un buen miembro de familia era una de sus mejores cualidades; se mantenía pendiente de todos, cariñoso con sus sobrinos y con el resto de la parentela. Con mi tía Julia, yo sentía que no sólo la quería; la veneraba, era un amor muy especial. Vivió con ella hasta el día de su partida.

Venía con mucha frecuencia a Girardot a visitar a mis viejos. Mi mami le preparaba un delicioso sancocho que disfrutaba plenamente y nosotros disfrutábamos de su visita. Nos poníamos al día en historias y chismes de la familia mientras comíamos esa natilla sin igual que se preparaba en casa.

Lo recuerdo estudioso. En las noches se encerraba en la sala con un sinnúmero de libros, mientras escuchaba música clásica. Hablaba muy bien el francés y el inglés. Sus grandes PASIONES, la Universidad, la medicina, la docencia... sus alumnos. Su vida, TODA, la dedicó, en cuerpo y alma a la Universidad. Siempre estuvimos en contacto. Yo me fui a vivir a Buga, pero nos encontrábamos en ocasiones especiales como matrimonios, cumpleaños y también, en momentos tristes como fue la muerte de la tía Julia. Fue un golpe muy duro para él, pero con su sabiduría y su fe inquebrantable logró superarlo.

En Diciembre de 2008, viajé a Bogotá a visitarlo. Lo habían operado de un cáncer. Yo sabía que esa, sería la última vez que lo vería. Se había adelgazado mucho, estaba cansado, pero su buen humor era el mismo, igual de querido y cariñoso. Me sorprendieron su entereza y su fe; sabía lo que le esperaba, y lo esperó con paciencia y sabiduría. Fue la última vez que lo vi.

Cordialmente,
Sara Jiménez Caballero
lasarita67@hotmail.com